

LAS VIDAS DE BORGES

José Miguel Marinas

Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejercitar con despreocupación esa paradoja es la inocente voluntad de toda biografía.

(Jorge Luis Borges: *Evaristo Carriego*)

De entre las señales más recientes del que venimos llamando *síntoma biográfico*¹ (interés ciudadano y comercial por las biografías, las vidas narradas), las vidas de Borges resultan abundantes y espectaculares. Como su misma figura, como los múltiples comentarios que suscita su obra.

Así que cuando se impone el cotejo, el despliegue del muestrario de voces y firmas sobre Borges² surge la duda de qué puede salir: el tedio

¹ Un desarrollo más centrado en este fenómeno puede verse en Santamaría, C., y Marinas, J. M.: *Historia oral e historias de vida*, Madrid, Ed. Síntesis, 1994.

² He tenido en cuenta, además de las clásicas de Emir Rodríguez Monegal, las biografías de Marcos R. Barnatán, *Borges. Biografía total*, 1995; María Esther Vázquez, *Bor-*

cultivado, es decir, la biografía como ritual turiferario o, por el contrario, el apunte salaz, el detalle guardado. Más allá de esos extremos quizá quepa la biografía como experiencia abierta de lectura y de escritura, la biografía como aventura. Pero eso no es automático, pide trabajo del lector. Éste ha de remover la losa que Tierno (luego sale) señala en su apunte sobre lo trivial: en cultura de masas no importa la cosa sino el caso.

Uno de los elementos centrales de la historia de vida, cuando es vista no sólo en su modo narrativo sino en su efecto en la construcción de la identidad, es ver qué hay de propio y de común —como dijo el eterno Lévi-Strauss—, cómo están dosificados, legislados, distribuidos.

En el caso de Borges —o quizá debamos decir desde ahora en el *caso Borges*— parece que todo biógrafo, sea novelador o hablista de barra, ha tenido que tributar a una serie de lugares comunes, es decir, peculiares suyos: no será biografía la que no nombre lo que les sucedió a sus abuelos los caudillos (Isidoro Suárez o Borges, Nosecuantos Acevedo), es decir, quien no ponga en el telar el *linaje*. ¿Por qué? Pues porque el linaje es un lugar común, pese a su peso específico, y a veces su peso en pesos, o en especies. Los compaginadores de reportajes fotonovelados (por cierto: biógrafo era el primer nombre del cine) saben bien que la revista de gran tirada, tipo corazón, afectos, no pega, no es ejemplar vendiendo ejemplares si no traza bien los linajes.

Si una revista, o una revisión (las vidas de Borges) son ejemplares (nutren, cunden, rinden) es porque trazan bien el linaje: tú de quién eres. Si se trata de un prócer, no vale andar con medias palabras, insinuaciones, misterios: eso queda para el culebrón, que es otro género de

ges, esplendor y derrota, 1996. Y también, más en segundo plano, N. Galasso, *Borges, ese desconocido* (Ayacucho, 1995), que es glosa y réplica de Horacio Salas, *Borges, una biografía* (Planeta, 1994). Los *Diálogos* de Borges y Oswaldo Ferrari (Seix Barral, 1992) me ayudaron a levantar la liebre, y luego vinieron Edna Aizenberg, *El tejedor del Aleph* (Altalena, 1986), y el reciente *Conversaciones sobre Borges*, de Carlos Cañeque (Destino, 1996). Estela Canto dio materia excelente para el paisaje y el paisanaje en su *Borges a contraluz* (1986) (cosa que no autoriza ni la ausencia de mención de la Vázquez, ni una glosa novelada llamada *La novia de Borges* perpetrada por un tal O. Pérez Santiago).

José Miguel Marinas, de la Universidad Complutense, y actualmente en el CSIC. Ha trabajado sobre sociología de la cultura.

ingenio no tan ingenuo. Dice Gonzalo Abril que los mejores son los colombianos: yo corroboro (más por «Caballo viejo» que por «Topacio»). Pero aquí, el linaje, clarito.

Cabotaje de la vida

Si una vida transcurre entre el cobijo nombrado del «tú eres eso», el canto sostenido del «qué va a ser de mí» y el «qué quiero y qué puedo hacer», en el ejemplo de Borges hay un relato de estampas que gustan como gusta el *Hola*, como gusta un lugar común. Todo está ordenado, todo encaja por designio del mismo Borges: desde muy pronto él y sus biógrafos se fueron combinando para que la secuencia quedase clara, digerible, recitada de memoria.

Escritor procedente de madre patricia y padre de letras y autodidacta, próximo a estacionarse en el nudo ginebrino.

Las mudanzas llevan los nombres adscritos (quiénes somos nosotros: somos los Borges, pero por qué venimos tan lejos, por qué no traemos vaca en el barco como los Ocampo) funcionan como billetes de tren, por si alguien lo pide (siempre lo pide alguien aunque en el tono delate su poco interés en las personas mismas y su mucho en controlar a los *parvenus*).

Así, en las biografías se apunta a la identidad adscrita. En el caso de Borges se redondea, se inventa, se mitifica algo que es más normal, menos épico y, sobre todo, menos determinante: un linaje mixturado (Italia, Inglaterra, Portugal, Sefarad) como todo linaje que va de viaje; venido a menos de dinero; con saberes y ejercicio profesional (¡casi nada!: no lo hay mucho mejor incluso en el mundo de las letras nobeladas).

Pero, entonces, ¿por qué seguir inventando que el linaje vasco-francés o el inglés son más nuestros (BsAs.) o, por el contrario, por qué seguir diciendo que los vascos lo que han dado al mundo son lecheros o poco más? (Borges imperioso ingenioso). Pues porque el linaje es una travesía. Alguien puede recordar con emoción mezclada de orgullo que los suyos llegaron al Puerto desde Italia en el *Conte Rosso*, o que pasaba el *Conte Verde* por el estrecho de Gibraltar después de la guerra y no llevaba precisamente cardenales de jira. La leyenda de Lucía Coppa que arrojaba por la borda la ropa (¿no iba a vivir junto a un río que se llamaba de la Plata?). Y, frente a toda evidencia, un Borges mayor que finge no saber qué son los *ravioli*, y cuando el interlocutor, didáctico o

vacilador, le nombra los almohadoncitos rellenos de carne que seguramente su mamá le preparó miles de veces, oye la linda voz del ciego que le dice:

–Mamá nunca entró en la cocina...

Luego, claro, tienen que reconstruir un linaje porque, dicen los porteños, no tuvieron Edad Media... Como si haberla tenido fuese algo nutritivo, o algo que curase de espantos o que diese tino y mano en el gobernalle. José María Aznar, por ejemplo, decía en un mitin de las últimas elecciones europeas: «¿Nos van a dar lecciones de europeísmo a nosotros, que tenemos las cortes más antiguas de Europa?». Y lo decía con todo el cuajo porque pensaba en las de Valladolid... ¡Anda que si llega a recordar las de León, con un *Imperator* y todo...! Si es que, como dice Jorge Pérez de Tudela, con una metáfora NBA:

–¡Ahí es que machacamos!

¿Qué pasó, cómo se instauró o, mejor dicho, cómo se *insaturó* el origen para que haya que darle tanto al dengue de la heráldica, so pena de ser un «gashego pata susia»? Con Borges se hace una operación que a él le complace especialmente porque, carambas, llegando de Ginebra (no se le había perdido nada allí, o sí: la primera ocasión de amor) y de Palma de Mallorca (no se le había perdido nada allí, o sí: el primer grupo de iguales creando escritura) o cultivas el caudillo, es decir, o te plantas sobre los pies que ya por fin te depositan en el Puerto de los Puertos, o ya me dirás.

Por cierto, que es enormemente llamativo que el hilo conductor entre ida y vuelta (además de un padre que se opera en Ginebra por que padece de ceguera –¿de amor?, sugiere cauto uno de sus biógrafos–) el salvo conducto que le une con el cacho de delta ya desindiado pero tano, sea ese Macedonio Fernández que dice Barnatán que había sido amigo de Padre y luego es amigo de *Georgie*, ese que iba de pensión en pensión, dejando papeles pocos ya que no escribía porque era pensador, o que olvidaba notas o algún librito repasado, o deudas o paraguas, ese –ni Barnatán ni la Vázquez dicen el mote pero que era prototipo de atorrante (los hierros de las bocas de riego, de las alcantarillas parece que llevaban la marca de fábrica A. Torrent: de ahí le viene el baldón, como decir estraperlista en el Madrid de entreguerras, de Strauss y Perle, dos vivales)–. Pues bien, ¿sabéis quién fue el único que salió a recibirlos al muelle cuando vuelven, tras tanto y tanto tiempo, al Puerto? Exacto, menudo, piolín: Macedonio Fernández, o Maccedonio Fernándes.

–¿Qué te parece?, ¡pues para que veas!

Como sigue llamando poderosamente la atención al retratito de Gómez de la Serna en el que destaca a la hermana. Norah Borges, Leonor, Leonora: ella era famosa y bella pintora –luego casada con juglar español, Guillermo de Torres: no sé cuán cercano a la torre de *Georgie*–. Él, ¡cómo era él cuando andaba por España, como un miope en pena, como un bardo soberbio larvado!:

«Borges mismo salió de detrás de las cortinas, desde donde el jovencito atisbaba las cosas para recordarlas siempre»³. Para poner con fervor palo y estofa, digo yo, a la invención del origen:

Hacia el Oeste, el Norte y el Sur
se han desplegado –y son también la patria– las calles:
ójala en los versos que trazo
estén esas banderas
(*Fervor de Buenos Aires. Las calles*)

Lo que sorprende es la materia de los emblemas. También son de palabras, son de los veinte (1923). Banderas por las calles. Banderas de alpinista suizo bajado al vértigo horizontal del, por fin, porteño.

La identidad adscrita en el lenguaje familiar. Que para no compliarnos mucho diremos que es el repertorio convivido del cuerpo de la madre más el salto que supone nombrar el padre, la ley, el lenguaje, todo eso.

¿Escribes o trabajas?

Pero la vida no es sólo linaje. Del linaje sólo se vive. (Si eres de linaje magnate, vaya, pero de linaje-linaje, pues, hombre, un buen pasar sí, pero nada de excitarse y venga de hacer el manirroto.) Está también la ocupación, la tarea, el quehacer. Y aquí en lo de Borges hay una cosa muy debatida. Resumiré posiciones para facilitar el debate, aun a riesgo de simplificar, que no –eso espero– confundir.

a) Posición laboriosa

Borges no para de trabajar en lo que es su verdadera vocación. Nunca dejó, ni cuando ya no podía con el alma. Esther Vázquez matiza

³ Gómez de la Serna, R.: *Nuevos retratos contemporáneos*, Aguilar.

así la fuerza del evento primero: «Los mejores resultados se consiguen siguiendo los impulsos interiores».

Ese es el paréntesis moralizante que agrega al comentar lo que llama el primer trabajo literario serio de Borges: la traducción de *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde. Era en Ginebra, en el colegio. Fue alabado.

b) Posición no tanto

Borges escribe y es hacendoso, pero cuando hay que trabajar, o sea laburar, como por ejemplo cuando tiene que ir a cierta biblioteca de la provincia de BsAs... La biblioteca, por cierto, era Cané o Moré, un nombre como caribeño, pese a la tristeza que dice J. L. B. que destilaba, o rezumaba. No sé cómo podría ser, pero sí he visto en el Once la Filmoteca de BsAs. y tal vez eso ayude a hacerse una idea. Incluso ambos edificios tienen sorpresa: La Filmoteca, para empezar, tiene tremendas maquetas de barcos de una película sobre Sarmiento, que parece que estuvieron en el Tigre, Museo de no sé qué exactamente, pero como los barcos, es decir, las maquetas llevaban una la bandera de EEUU y la otra la de UK –por cierto que en el barco de verdad iba como secretario de Sarmiento el cubano Raúl Roa, prosa feraz, caballero– y como era cuando lo de las Malvinas, cierto militar le dice al de la Filmo: «Oiga, llévese esto de aquí, tiene veinticuatro horas», y allá que se va él con un cuñado, los de la Filmo y unas furgonetas y llevó las maquetas que ahora están en el despacho: unos 17 metros de barco, toda la pared del enorme, triste buró, toda la pared que vas andando y como están en penumbra y tú te guías por el foco de luz sobre la mesa del fondo del hombre de la Filmo, pues no acabas de darte cuenta si vas caminando junto a una maqueta de barco, junto a una muda lampalagua o caimán silente, o es una simple alucinación producto de tanto panqueque con que te han agasajado... Por cierto, la biblioteca Cané tiene una sorpresa que la cuentan todos y es más o menos así: él va allí, no le gusta, es un rollo, la gente le dice que no trabaje tanto ni tan deprisa, él se deprime, por que es que además les dan como lo que hoy llaman regalo de empresa unos paquetes de mate no sé si *Flor de Lis* u otro, bueno, pues el caso es que fatal hasta que un día llama una señora muy importante por teléfono y pregunta por él y es una cierta dama de las letras o de posibles, o ambas cosas, total que los compañeros pusilánimes se conmueven y hasta hay uno que le dice a J. L. B.:

—Oye, aquí en esta enciclopedia hay uno que se llama Jorge Luis Borges, qué curioso, ¿no?

Y claro ahí empieza el lío, porque si J. L. B. hubiera escuchado algo así como «¿tiene algo que ver contigo éste?», o bien «¿os tocáis algo ese y tú? (por parentesco, se entiende)»; o acaso «No serás tú ¿verdad?», pues, hombre, entonces a Borges, el escritor ya cuajado, aunque estaba de empleado de biblioteca, pues le hubiera quedado siempre el recurso de sonreír, o callar, o repreguntar a lo gallego de Galicia: «¿Y pur qué me lu preguntas?», o en más fino concluir: «Así es, si así os parece...»

Pero no. Lo que dijo el compadrito —y en esto coinciden los biógrafos— lo que *tuvo que decir* fue sólo:

—Qué curioso, ¿no?

Así, con detalles desmoronantes como éste, se hace no una biografía más o menos honesta, sino toda una hagiografía. Condenado a vida oculta, sin una buena hierofanía que pusiese los anaqueles, y al barrio entero patas arriba:

—¡¡¡Siiii, Yoooo Sooooooy!!!

Y todos contra la pared. Pero claro así no. Porque qué cara se te queda si alguien te descubre en una cita o en una publicación y se arrima y comenta:

—¡Coño!: *Saguespiare*, qué curioso ¿no?

Y ni siquiera se le ocurre añadir, como quien echa un cablecito de ayuda:

—Casi como tú ¿no?: porque tú eres *Chéspir*, ¿no es cierto?

Pues con Borges ni eso. Así que párale tú luego cuando le reconozcan hasta los que no necesitan leerlo.

c) Posición de Borges mismo

Pues mucho más oreada. Él se llama a sí mismo *aficionado* e *impostor*. Lo cual suena un poquito fuerte. Pero que alguien a quien se le atribuye tanta pólvora bien disparada hablando de colegas, maestros, escritores, políticos y señoras, elija esos autocalificativos da que pensar.

Tiene que ver con una pasión y su límite. Sale de la biblioteca y llega a la Biblioteca. (Uno de los glosadores dice que el sueldo, para la época y lo que hacían tampoco estaba tan mal.) Luego comienzo a colaborar en revistas buenas (tipo *Elle*, pero mejor) con bien de artículos en los que no baja nunca la guardia. Nada de que por ser para todos los públicos, el alma de casa cultivada y los suyos, haya que hacer gauchajes

o lirismos: si hay que hablar de Spinoza, se habla; si hay que comentar literatura británica de la última y la mejor pues allá va, y así. Lo cual da un nivel y una consagración, porque la gente sabe que tiene a su alcance al alguien que es ya famoso por sus cuentos, por su literatura, cercano, asequible, tratando las cosas de la cultura, las publicaciones mundiales actuales, en plan didáctico. Eso compone una imagen de sabio próximo, nunca plebeyo, nada estirado empero. Y así Borges, que dice yo creo que con verdadera modestia que es mejor lector que escritor, que es aficionado (no es funcionario de nada), pueden acabar confesando de sí, con un puntito de coquetería, que es algo impostor. ¿Por qué?

Ver, juzgar, actuar

Iba Borges en un tren camino de Mar del Plata, leía una novela policíaca, cuando notó los primeros síntomas de la ceguera... Esto cuenta María Esther Vázquez en su *Borges, esplendor y derrota*— quizá la única biografía que hace explícita la pérdida detrás de la gloria.

Las vidas de Jorge-Luis Borges Acevedo Haslam Suárez van una detrás de otra como las de los que viajan y cambian de lugar (los que se quedan en el sitio no sabemos bien cómo emigran, pero yo estoy seguro de que también lo hacen). Lo más fuerte es que se queda ciego, le echan de la Biblioteca (hay un episodio en que se debate si le putearon nombrándolo sexador de pollos —Serrat lo es y no se le han caído los anillos— o inspector de mercados. Sin que tenga que ver: lo primero que escribe con Bioy es un folleto publicitario de yogures *La Martona*, de la familia Casares).

Y aquí se inicia una carrera enorme: no sólo es excelente escritor —con modos nuevos, con temas que nadie toca: ¿quién le hinca el diente literario a los gnósticos, a Averroes, a Judas...? — sino que el tímido y casi tartaja es un conferenciante espectacular.

Cambia de modos y formas. Atuendo y capilosidades. Recuerda en las fotos de esa época una coplilla que le cantaba su abuela (de verdad: la abuela inglesa Fanny Haslam —que le canta por sevillanas).

Porque tiene unas patillas,
¡qué patillas, puñalá!
Del tiempo de Jesucristo
no se ha visto cosa igual

Los abuelos son Francisco-Fanny, Isidoro-Leonor. De ellos, pese al marbete de prócer reconstruido, ellas son más. Leonor fue enterrada por su voluntad con las cartas del novio, de cuando el noviazgo. Fanny le rebautiza *Georgie*, él rebautiza a su propia hermana Leonor como Leonora, de ahí el Norah.

El 1 de octubre de 1898 se casan los padres. El 14 de marzo de 1901 nace la hermana. En 1902 Borges niño aparece en una foto de la que Vázquez señala que «tiene poco más de tres años». Lleva lentes desde los ocho.

La impostura es una apuesta. Se puede decir que ella gobierna el deseo (de reconocimiento, no sé si el reconocimiento del deseo: no empecemos) frente a la reglamentación. Que seduce la autoría más que la autorización. Y eso puede dar en chantre (cantor, no necesariamente de iglesia) o en chanta (especialista en «a ti lo que te pasa es... tú o que tienes que hacer es...»). O puede dar el Borges que sin mirar (ya) escribe que Averroes miró hacia el Norte, a la meseta, en la que hay muy pocas cosas, pero cada una parece estar como en su ser.

Pero el chanta
es una planta
que florece
por doquier

Impostor se llama a sí mismo el Borges que no es licenciado (qué se yo si sacó el título de bachillerato): tampoco Barthes era doctor y dirigía tesis, qué sé yo. El Borges que sin ser lleva ya tiempo yendo y viniendo de temáticas densas como el tiempo, armado con un poco de filosofía (dijo de él cierto vate riojano: «toda la filosofía de ese señor cabe en el Abbagnano», que es un diccionario manual mediano). Entra en la identidad con el pluralismo de las hebras propias: prohebreo y antinazi, aunque luego la fama servida, o voraz, trajo otros tristes destellos.

Si el linaje y el quehacer dan dos dimensiones del itinerario, los amigos, las afinidades, los gustos dan otra tercera y principal. Variadísima, aunque ritualizada, en las vidas de Borges. Tanto que inspira una lectura comentada de sus obras con personas cercanas. No es el de quién eres, ni el qué haces, sino con quién vas. Borges, ciego, viaja, con amigas, amigos, amores quizá. Y dondequiera que se halla evoca otras presencias literarias o vividas (¿dónde está ya el diferencial!).

Pongo sólo dos viñetas, que dan bien el vaivén (peronchos / radichas, de Padre o de Madre, gauchesco / galés, sabio / sopla) en el que se

meció aquel que dijo que el único pecado que se reconocía era el de no haber sido feliz.

Una es de la playa de Mar del Plata –allí donde dejó la vista en un tres– en la que el ciego se baña, buen nadador, con los amigos: Bioy, Silvina, etc. Así pinta la estampa la Vázquez:

«Victoria (Ocampo), temerosa de los resfriados, llevaba siempre en un bolso dos tricotas, por si acaso, aun en los días más tórridos».

La otra es bellísima. Resulta que en la biblioteca Cané (la cutre) hay un amigo, o casi: vaya, el único que se salva de aquel ambientillo y que le confía a Borges una ilusión. Quiere hacer de palabras una catedral como la de Chartres.

Borges va a Chartres, ya en los 80, y no puede menos que evocar, bajo bóvedas que no ve, la presencia del piantado de la biblioteca.

¿Está claro? Pues eso.

La biografía: una ciencia melancólica

En pocos lugares de la escritura se nombra la pérdida como en las biografías. Todas terminan, lo cual es un consuelo y una enseñanza mayor, todas dicen al amigo lector lo mismo que el acompañante del general romano en triunfo: «recuerda que eres mortal». La lectura de la biografía, su misma premeditación, tiene algo del gesto vampírico: apurar la vida y el talento, recorrer los avatares –que son manifestaciones de lo divino entre los hindúes, que podemos traducir muy pegados a la etimología por los momentos de *entusiasmo*– en los que consiste un itinerario vital para nutrirse con alguna médula o meollo.

Esto, en el fondo, en el gesto común, que iguala en cierta forma las grandes biografías célebres y los relatos por entregas de la prensa que aquí llamamos del corazón. Pero en la superficie, en el modo de contar están las grandes diferencias. Y en eso también el caso de las vidas de Borges es ejemplar.

Hay biografías como panteones para próceres. Recuerdo ahora haber leído una sobre D. Hipólito Yrigoyen, escrita en la Argentina de los años cuarenta: desde el formato a la prosa y de la composición en capítulos a la oscura y rotunda foto retocada de la cubierta, todo estaba dispuesto para dar a cualquier gesto o acontecimiento vocación de detenerse en un torso marmóreo, en una pose quieta. El lecherito vasco ya caminaba como el padre de la patria que habría de ser, la triquiñuela dudosa en la negociación política o en el procedimiento de muñir urnas

electoras ya apuntaban el realismo como atributo del político de raza que iba siendo, el trato entre galante y paternal con las jóvenes admiradoras daría la estatura del varón que en el fondo entiende los reclamos de la patria (matria) que es mujer. No se hacen muchas de este calibre en estos momentos, pero da la impresión de que la ejemplaridad así entendida, al modo decimonónico –estatuas, parques, fotografías– sigue teniendo el valor de un código poderoso. Nadie que escriba biografía se libra del gesto de inmortalizar, nadie puede sortear del todo el resultado de petrificar, en lápida: se eligen frases que así se llaman, lapidarias, por las que el discurso viviente y ya perdido pasa al repertorio de dichos comunes.

–Como dijo el Guerra: «hay gente pa tó» (al serle presentado el joven Ortega como catedrático de metafísica).

El valor ejemplar es en este caso normativo. Se escribe desde un horizonte de pautas en las que las virtudes públicas recomponen y guardan las debidas distancias con cualquier vicio privado, o simplemente con los titubeos biográficos de la figura relatada. Si resulta llamativo como código perdurable en las vidas de mujeres y hombres ilustres (término indisoluble de este modo de componer), resulta gozosamente relevante en el caso de la autobiografías que siguen este estilo. Un ejemplo es la de Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, de la que hay que decir que no deja ni uno sin atar.

El afán de componer un itinerario presentable, por parte de alguien en quien la ironía y el simulacro alcanzaron cotas realmente artísticas, hace que los momentos duros pasen por sobriedad y las algazaras por seminarios de investigación. Es notorio –por dar una muestra recordada en muchas ocasiones– el relato del episodio de la despedida de las brigadas internacionales en el hotel Palace de Madrid. Tierno, que se ha convertido a sí mismo en un observador ponderado y en un actor siempre juicioso, describe lo que debió ser un entusiasta jolgorio en un plácido ir y venir a las habitaciones ellos y ellas intercambiándose recuerdos, regalos, libros...

Otro caso similar en muchos sentidos es la divertida autobiografía del político canario Rodríguez Doreste, *Memorias de un hijo del siglo*, en la que, además de su valor documental acerca de los modos de hacerse la sociedad y la economía de las islas, su cultura, los episodios de la guerra y la represión, etc., es una muestra de un talento ingeniosamente contenido. Entre otros momentos de recato autoirónico, hay un episodio en el que el joven destinado en París se encuentra con un Orson Welles dispuesto a cerrar la ciudad. Cosa que logra. Tras turbulentos y

desmedidos episodios en los lugares del ocio conspicuo, Doreste recobra memoria y agradece a ciertas señoritas que piadosamente le albergan y le cuidan hasta el día siguiente. Claro que Doreste –que fue llamado el Tierno de Canarias– no compuso un personaje tan enchalecado como nuestro alcalde de Madrid (el mejor hasta ahora) y no tiene empacho alguno en participar en los carnavales palmeros vestido, en su alta madurez, nada menos que de Greta Garbo.

Pero también hay biografías de compadre. O de enemigo. O de especialista, o de ajustador de cuentas, de afinador de piano, o de si llegas tarde te espero con el rodillo. Borges, como tiene tantas, pues tiene de todas.

Diré que una de las menos moralizantes es la de Marcos Barnatán. Es admirativa, es un pulso con él que dura más de veinte años (y eso que Barnatán es joven, sale en una foto como un empresario de discos pop británico, con Borges en los 70, allí en BsAs.). Y si se llama *Biografía Total* lo es más porque vuelve todo lo del biógrafo –ese es el punto que no se puede ocultar en cualquier biografía, ni aunque se quiera– que por la promesa de cerrar a Borges en un camafeo.

Remate

«El lector de Borges podrá finalmente acceder a la compleja personalidad que ocultaba la genial mente creativa del escritor.» (De la solapa de una biografía, no diré cuál.)

Borges escribe, poco antes de morir –«tengo 85 años y me estoy muriendo»– un texto o un poema en el que sueña qué haría y qué no haría: ser más relajado, menos prócer, etc., en el caso de poder volver a iniciar la vida. Un desideratum reza como sigue:

–Andaría más en calesita.